

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA
INSTITUTRIZ,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA Y ESCRITO EN VERSO

POR

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES:

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1881.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.º DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Amor á la patria.....	1	D. ^a Rosario de Acuña...	Todo.
El grito de independencia.....	1	D. Enrique Cevallos...	»
El tío Palome.....	1	Remigio Vazquez...	»
Las travesuras de Lola.....	1	Manuel Cuartero....	»
Los consuegros.....	1	Enrique Zumel.....	»
Modesto Gonzalez.....	1	Sres. Lasala y Palacios..	»
Palabra de honor.....	1	D. Eduardo Navarro. .	»
Un triunfo de Calderon.....	1	Juan de Alba.....	»
Abdicar á tiempo.....	2	Eduardo Navarro...	»
Amnistía general.....	2	E. Segovia Rocaberti	»
El centenario en la aldea.....	2	P. Moreno Gil.....	»
El gran Galeoto.....	3	José Echegaray.....	»
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado.....	3	José Sierra.....	»
Juan Martin el Empecinado.....	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»
La Institutriz.....	3	D. E. Navarro Gonzalvo.	»

1. ...	2
2. ...	1
3. ...	1
4. ...	1
5. ...	1
6. ...	1
7. ...	1
8. ...	1
9. ...	1
10. ...	1
11. ...	1
12. ...	1
13. ...	1
14. ...	1
15. ...	1
16. ...	1
17. ...	1
18. ...	1
19. ...	1
20. ...	1

LA INSTITUTRIZ.

... ..

... ..

... ..

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Hable usted claro.
Quiero casarme.
Buscando una suripanta.
Nadar entre dos aguas.
En el *Diario Oficial*.
Buscando primos.
Unhijo del corazón.
La cruz de beneficencia.
Lajoroba d el vecino
Un drama íntimo.
A caza de una tiple.
Por ser tímido.
Bromas del tío.
Jugando al escondite.
Cosas del mundo.
La frase fatal.
El talisman de Felisa.

Los pecados de los padres.
La nueva panacea.
Llegar á tiempo.
Por un descuido.
A gusto de la tía.
Peor que mi suegra.
El que espera... desespera.
¡Descuidos!
El pecado de Cain.
Juan de Leyden.
Con V y con S.
Sombras chinecas.
Quiebras del oficio.
La tarjeta americana.
Cuestion de ochavos
La Institutriz.

EN COLABORACION.

Juan Crespi.
Abajo las quintas.

La ciencia y el corazón.
El mártir de la duda.

LA INSTITUTRIZ,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA Y ESCRITO EN VERSO

POR

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro de la ALHAMBRA
el 13 de Julio de 1881.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

• 1881.

PERSONAJES.

ACTORES.

CAROLINA DEL VAL.....	D. ^a MATILDE DIEZ.
TERESA.....	CONCEPCION CONSTAN.
MARÍA, 16 años.....	VICTORIA MUÑOZ.
LUISITO, 15 años.....	MARÍA MANTILLA.
ROSA.....	CONCEPCION ARNAU.
SANTIAGO.....	D. MANUEL CATALINA.
DON EUGENIO MARVELLA.....	FRANCISCO OLTRA.

La escena en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON^o y nadie podrá, sin supermiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los editores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DOS PALABRAS

Á LA INCOMPARABLE ARTISTA

DOÑA MATILDE DIEZ.

Sólo á los reyes de la escena, á esos grandes artistas de genio poderoso y de inspiracion gigante, cuyos nombres son símbolos de gloria para la patria que los ha visto nacer, y perpétuo encanto de la generacion que tiene la dicha de aplaudirlos, les es dado alcanzar éxitos como el obtenido por usted en la felicísima interpretacion del espinoso papel de *Carolina*.

Voz, gesto, miradas, actitudes, gemidos de dolor, frases de sublime ternura, ayes de angustia suprema, terribles momentos de agonía, todo ha sido admirable en usted, todo!

El triunfo alcanzado pertenece á usted de derecho, y así me complazco en reconocerlo.

Así lo ha reconocido tambien el público, que al ver aparecer á usted de nuevo en la escena tras larga ausencia, ha dicho á usted con sus aplausos: «¡He aquí mi artista predilecta!» ¡Aún es la reina de la escena española, aún conserva en sus manos el cetro de Talía, que no han logrado arrancarle ni el olvido ni la ingratitud!

Feliz una y mil veces yo, el más humilde de los autores dramáticos, que he tenido la suerte de dar á usted ocasion para tan señalado triunfo.

La gloria de haber compartido con usted estos aplausos será, no lo dude usted, el recuerdo más grato que de su vida literaria conservará siempre su entusiasta admirador y agradecido amigo,

q. b. s. p.

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Salon elegante, tres puertas al foro, que comunican con el jardín. Dos puertas laterales en segundo término izquierda; á la derecha, en primer término, un piano; chimenea á la izquierda, dando frente al piano. Cerca de la chimenea, una mesa grande de escritorio, llena de libros, papeles y cuadernos de música, dibujo, etc., etc.; á la derecha de la mesa, una butaca.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, LUIS y SANTIAGO.

Los dos primeros trabajando en la mesa, Santiago sentado en la butaca, con un libro abierto en la mano y durmiendo.

Pausa larga.

- MARIA. (Bajo á Luis.) Concluyes?
LUIS. Poco me falta.
MARIA. Tambien yo estoy concluyendo.
LUIS. Me fastidia este dibujo.
MARIA. Y á mí me cansa en extremo
mi plana de Geografía;
cuánto nombre y todos feos!
LUIS. Mira qué oreja. (Mostrándole un dibujo.)
MARIA. (Gozosa.) Muy bien!
LUIS. Como que hace mes y medio.

- que no hago otra cosa! (Incomodado.)
MARIA. (Señalando á Santiago.) ¡Chis!
Tiene un sueño muy ligero
y va á despertar.
- LUIS. Mejor;
es ya la hora del juego,
conque... ¡Santiago! (Llamándole.)
- MARIA. Santiago...
Vamos, dormilon...
- SANT. (Despertando.) Qué es eso?
Ah!... Sois vosotros...
- MARIA. Perdona,
Santiago, pero ya es tiempo...
- LUIS. De ir á jugar.
- MARIA. Justamente.
- SANT. Siempre pensando en el juego!
Ántes á ver los trabajos...
Lo primero es lo primero.
(Los niños presentan los papelés.)
No está mal!
- LUIS. ¿Te gusta?
- SANT. Un poco;
libre y al jardin.
- LUIS. (Tendiendo la mano.) El premio.
- SANT. Ah! Sí! Los dulces. (Registrándose los bolsillos.)
Qué diablo!
me figuro que no tengo...
Mira, perdona por Dios,
ni siquiera un caramelo
me ha quedado.
- LUIS. Bien, mañana.
- SANT. Mañana?... No, luégo, luégo
te lo daré. Á ver tu plana.
- MARIA. Aquí está.
- SANT. Bravo! Soberbio!
Este perfil vale un mundo.
- MARIA. De veras? (Muy contenta.)
- SANT. Ay! Ay! Qué es esto?
Un borron cómo un garbanzo.
- MARIA. Si no es borron!
- SANT. (Mostrándose.) No, y pequeño!
Como que oculta la frase

casi casi por entero!
Tú siempre tan cuidadosa!...
¡Hoy no hay dulces!

LUIS. (Bajo á ella.) (Dí que bueno,
yo te daré de los míos!)

SANT. A ver tú si te estás quieto...
qué dice aquí? Liverpool?

MARIA. (Con timidez.) Al escribir eso...

SANT. Entiendo.

MARIA. Cayó...

SANT. Una gota de tinta!

MARIA. Una lágrima!

LUIS. (Abrazando á María) Muy cierto!

SANT. (Recordando súbitamente.)

Ah! Pobres niños, perdon.

Venid aquí... Soy un necio...

(Atrayéndolos junto á sí.)

Liverpool... sí; en esas aguas

ocurió el fatal suceso

que os privó... no hablemos más.

MARIA. De nuestra madre!

SANT. Dejemos

eso, vamos, no afligirse.

Ir yo á evocar su recuerdo!

No copies más esta muestra.

MARIA. No, no, al contrario, la quiero
copiar muchas veces.

SANT. (Procurando distraerlos.) Vaya,
al jardín!

MARIA. Oye un momento,

Verdad que era muy hermosa?

LUIS. Háblanos de ella...

SANT. Bien, luego.

MARIA. Ahora; no tenemos prisa.

Su muerte fué horrible!

SANT. Cierto.

MARIA. Papá me la ha referido
tantas veces!

SANT. Fué mal hecho!

Tú no puedes acordarte

de ella! (Á Luis.)

LUIS. Bastante lo siento.

SANT. Ni tú tampoco.

MARIA. Yo sí.

SANT. ¡Te acuerdas tú?...

MARIA. Como un sueño.

Oye y verás; una tarde
por este jardín, corriendo
iba yo detrás de un aro,
cuando al torcer el sendero
doy contra un árbol un golpe
terrible y me caigo al suelo;
entonces, una señora
vestida toda de negro,
corre hacia mí, me levanta,
me mira, me come á besos
y me estrecha entre sus brazos...
¡Páreceme que aún la veo!
Era mi madre, verdad,
Santiago?...

SANT. Lo era en efecto!

MARIA. Pues mira una cosa rara.

¿Ves como cuento el suceso?

Aún puedo enseñarte el árbol,
el banco en que tomó asiento,
teniéndome en sus rodillas
poco despues, y no puedo
darte siquiera un detalle
de su rostro, no recuerdo
ni el fulgor de su mirada
ni el color de sus cabellos!

Algunas veces, tenaz
en recordarla me empeño
y hago esfuerzos de memoria,
pero en vano; cuando creo
fijar su imágen querida
en mi pobre pensamiento,
se desvanece, se pierde
otra vez, y mis deseos
burlando, jamás consigo
ver realizado mi intento!...

Tú que tanto la quisiste
y que puedes sin esfuerzo
recordárnosla, Santiago,

hablanos de ella!

SANT.

Que empeño,
no penseis en eso... digo...
todo lo contrario! Es bueno
recordarla siempre; siempre,
sobre todo en vuestros rezos...
¡Oh sí! la piedad filial
es el más grande, el primero
de todos nuestros deberes:
ved la historia... no hay un pueblo
que no practique... la China,
(Procurando distraer su atencion.)
y el Japon, hay mil ejemplos,
y hasta en la Australia y en...

MARIA.

Basta,
y no nos lledes tan lejos.
Quedémonos en Madrid...

SANT.

Perfectamente! Quedémonos
y hablemos.

LUIS.

De la mamá.

SANT.

No jugais hoy?...

MARIA.

Me parezco
mucho á ella?

SANT.

Nada... nada!

MARIA.

Dices que no?...

SANT.

No.

MARIA.

Lo siento.

SANT.

Por qué?

MARIA.

Si me pareciera.

con mirarme yo al espejo

la veía! ¡No comprendes?

Ni aun eso, ni aun eso puedo!

EUGENIO.

(Dentro.) Dí á la señora que estoy,
esperándola.

SANT.

Silencio...

LUIS.

Es el papá.

MARIA.

(Á Luis.) No le digas nada
de qué hablamos, que al momento
se pone triste.

LUIS.

Es verdad.

SANT.

¡Chiss... por Dios!

MARIA.

No tengas miedo.

ESCENA II.

DICHOS; EUGENIO.

EUGENIO. Qué tal las lecciones.

SANT. Bien!

MARIA. Como siempre!

EUGENIO. Dadme un beso.

LUIS. Sales solo?...

EUGENIO. Con mamá.

MARIA. No nos llevais?...

EUGENIO. No podemos.

Son visitas de cumplido,

plétora de aburrimiento,

deberes sociales.

MARIA. ¡Ya!

Que nosotros no entendemos.

EUGENIO. Por fortuna.

LUIS. Y no vas hoy

á la Audiencia?...

EUGENIO. No.

LUIS. Te quiero

decir una cosa.

EUGENIO. Habla.

Sepamos ya lo que es ello.

LUIS. Pues es, que ya he decidido

lo que he de ser.

EUGENIO. ¿Sí? Me alegro!

LUIS. Abogado, como tú!

SANT. Está loco este chicuelo.

EUGENIO. Y por qué loco, Santiago?

LUIS. Verdad que es muy fácil eso,

papá?

EUGENIO. Fácil, hijo mio.

SANT. Ser abogado, convengo,

mas serlo como tu padre,

es difícil en extremo.

Ser una gloria del foro.

EUGENIO. Santiago!

SANT. Ser un modelo

de oradores y...

EUGENIO. ¡Já! Já!
Te pones á echarme incienso
y delante de mis hijos!
¡Si no eres tonto!

SANT. Por eso,
por eso precisamente!
Se figura este trastuelo
que no hay más que ser...

MARIA. (Tapándole la boca.) Ahora
no se le riñe!

LUIS. Bien hecho! (Palnoteando.)

EUGENIO. Vaya, decidle á mamá,
que no tarde, que la espero.
Id los dos.

MARIA. Vamos; de paso...

LUIS. Le damos un beso.

MARIA. Un bezo
y un encargo.

EUGENIO. Tuyo?

MARIA. Mio.

EUGENIO. Encargo y tuyo? Ya tiemblo.

MARIA. Tiembblas?...

EUGENIO. Sí, por mi bolsillo.
Algun vestido... ¡Un sombrero?
Algun juguete?

MARIA. No aciertas!

EUGENIO. Qué es entónces...

MARIA. (Poniéndose un dedo sobre los labios.)
Un secreto!

(Váse corriendo llevando de la mano á Luis.)

EUGENIO. (Á Santiago.)

¡Qué hermosos los dos, verdad!

SANT. ¡Y más que hermosos, cuán buenos!

ESCENA III.

EUGENIO, SANTIAGO.

EUGENIO. Tienes razón; tus consejos
leales y tu experiencia

son la mejor garantía
de su bondad. Les enseñas
á ser buenos y lo son!

SANT. ¡Oh, lo tienen en las venas!

EUGENIO. Celebro más cada día
el que aceptando mi oferta
vinieras á establecerte
en mi casa.

SANT. Buena es esa!
Pobre, viejo y achacoso,
tal vez sin tí me muriera
olvidado en el rincón
de una miserable aldea.
Ya ves si he de agradecerte.

EUGENIO. Nada; tú con tu carrera
podías...

SANT. Morirme de hambre!
digo! maestro de escuela!
En cambio, disfruto aquí
los goces de la opulencia
por no hacer nada!

EUGENIO. Te engañas.
Tu amistad leal y sincera
fué un lenitivo eficaz
para mis terribles penas.
¡Cuán ajeno estaba yo,
Santiago, de que sufrieras
tan pronto los sinsabores
de mis desdichas acerbas!
Vida honrada, hogar tranquilo,
dulce y plácida existencia
encontraste á tu llegada,
y luégo, cuántas tristezas,
cuántas horas de agonía,
cuántas lágrimas!

SANT. Desecha
esos negros pensamientos
de una vez! Ya quién se acuerda
de aquello? No eres feliz?
...
dí, no ha llamado á tus puertas
la dicha otra vez?... Entónces,
qué tienes?... De qué te quejas.

si el presente te sonríe
y el porvenir no te apena?

EUGENIO. Del pasado!

SANT. Es un fantasma,
no lo evoques!

EUGENIO. ¡Si pudiera!

Quién manda en el corazón,
ni quién de la mente inquieta;
arroja el tenaz recuerdo

que sus horas envenena!

Ni fui soñador, ni débil,

buen corazón, alma recta;

tú sabes bien si yo amaba

á aquella mujer funesta

que acibaró indignamente

las horas de mi existencia.

¿Tanto la amaba que nunca
llegué á odiarla! Qué más prueba?

SANT. Y sin embargo, la inícu
te engañó de una manera
bien cruel! Que su memoria
esté en la tuya tan muerta
como ella está, y que la nube
sombria de tus tristezas,
de su callado sepulcro
se estrelle en la blanca piedra.

EUGENIO. ¡Mas qué hacer contra su imágen
que va en mi pupila impresa?

Qué hacer contra el accidente

inesperado que acecha

el momento, la ocasion

oportuna y la recuerda?...
tornando á sangrar la herida

mal cicatrizada, abierta

diré mejor, que en el alma

llevo perenne y sangrienta!

Esos mismos niños, esos

tesoros de mi existencia,

frutos son de aquella rama,

son hijos suyos, *son ella*,

son la encarnacion viviente

del pesar que me atormenta;

su faz es su faz, sus ojos
los suyos, su voz aquella,
y al estrecharlos amante
contra mi pecho, la idea
de su madre surge rápida
cual la luz de las tinieblas
y abraza mis pobres ojos
y deslumbra mi conciencia!
¡Qué más! Si busco la calma
en brazos de mi Teresa,
ángel que á mi triste hogar
envió la Providencia
á ser de mis pobres hijos
madre amantísima y tierna,
entre los dos, me parece
que altiva, pálida y fiera
se interpone, y que mis besos
recoge avara y se aleja!

ANT. Delirios, sólo delirios
de imaginacion enferma.
Olvidala y vive. El tiempo
es, lo mismo que la ausencia,
la medicina infalible
en estos casos. La tierra
cubre su cuerpo mortal.
Cuando la recuerdes, reza,
que la oracion fortifica
las almas que el llanto enerva!

EUGENIO. (Breve pausa y estrechando, despues la mano á
Santiago.)
Gracias, Santiago; cual siempre
tu voz tranquila y serena
logró mitigar ahora
mis dolores.

SANT. Chis... ¡Teresa
con los niños!

TERESA. (Saliendo con María y Luis.) ¡Cuando gustes!

MARIA. (Á su padre.) Un beso!

EUGENIO. (Despues de besar á los niños, y dirigiéndose á
Santiago.)

¡Hasta luégo!

TERESA. (Bajando, y como asaltada por algun recuerdo.)

Espera.

ESCENA IV.

DICHOS, TERESA, LUIS y MARÍA.

EUGENIO. Qué ocurre?

TERESA. No me acordaba,
si viene la institutriz
que esperamos, mientras tanto
que nosotros...

EUGENIO. No está aquí
Santiago?

TERESA. Tienes razón.

EUGENIO. Él la puede recibir
en nuestro nombre. Te informas,
la interrogas bien, y si
corresponde á los noticias
que nos mandan de París,
la admites.

SANT. Perfectamente.
Como fui yo el que escribí
haciendo el encargo, estoy
enterado: puedes ir
tranquilo; tu compromiso?...

EUGENIO. Uno solo. Que yo aquí
he de abonarla el viaje
desde París á Madrid,
caso de no convenirnos.

SANT. Basta. No hay más que decir.

EUGENIO. Tú ves, juzgas y decides
como quieras. Tienes mis
poderes.

SANT. Bien.

TERESA. Hasta luégo.

LUIS. Que no tardeis en venir.

EUGENIO. No, volvemos pronto.

MARIA. (Á Teresa.) Un beso.

(Bajo, al besarla.) Qué no te olvides de mí!

(Vánse Eugenio y Teresa.)

ESCENA V.

SANTIAGO, LUIS, MARÍA.

- MARIA. Ya que en casa nos quedamos,
vamos á jugar, Luis..
- LUIS. Espera un poco.
- MARIA. Qué quieres?
- LUIS. (Á Santiago.) No me vayas á reñir,
quiero preguntarte...
- SANT. Habla.
- LUIS. Pero es que...
- SANT. Temor pueril!
- LUIS. Dí, por qué no te has casado?
- SANT. ¡Yo? (Pues no sé qué decir!)
- LUIS. Dilo.
- SANT. No he tenido tiempo.
Mire usted el zarramplín
por dónde sale! (Si á veces
una pregunta infantil
le pone á uno...) Á jugar!
- MARIA. Eso, á jugar!
- LUIS. Al jardín.
- SANT. Mucho cuidado...
- MARIA. No temas.
- SANT. Yo os vigilo desde aquí.
(Salen los niños por el foro.)

ESCENA VI.

SANTIAGO, en seguida ROSA.

- SANT. Vaya, me dejó perplejo
y por poco cierro el pico!
Que la pregunta de un chico
así desconcierte á un viejo!
- ROSA. (Con una tarjeta en la mano.)
Don Santiago, una señora
su tarjeta me ha entregado
y aguarda.

- SANT. Á ver? ¡Ha llegado!
Hazla pasar sin demora.
«Mis Dickens.» (Leyendo la tarjeta.)
- ROSA. Será tal vez
la institutriz?
- SANT. Vé, despacha.
- ROSA. Que esperamos.
- SANT. Sí, muchacha;
no he visto igual pesadez. (Váse Rosa.)
Al fin yo he de ver un modo
prudente de recibirla.
¡Qué haré para despedirla
si no me llena del todo?

ESCENA VII.

CAROLINA, D. SANTIAGO.

Carolina en traje como de viaje. El velo del sombrero le oculta la parte superior del rostro, y no se descubre hasta que lo indica el diálogo. Al entrar lanza una mirada rápida por la escena. Detiènese en el dintel.

- CAROL. (No están aquí!)(Con emociòn:)
- SANT. Páse usted,
los señores han salido:
- CAROL. (En ademàn de retirars.) Entónces...
- SANT. No, no ha perdido
usted el tiempo; yo sé
de qué se trata, y áun puedo
sin ser óbice su ausencia,
terminar con su anuencia,
su asunto.
- CAROL. Gracias. Me quedo.
- SANT. (Qué voz!) Si son los informes
cual yo espero, desde ahora
puede decirse, señora,
que estamos casi conformes.
- CAROL. Gracias.
- SANT. Tome usted asiento. (Se sienta.)
- CAROL. Traigo aquí certificados

- expedidos y firmados...
(Alargándole unos papeles.)
- SANT. Bien, bien, despues...
(Rechazándolos con el ademan.)
- CAROL. (Qué tormento!)
- SANT. Llegó usted ayer de París?
- CAROL. No, ahora mismo.
- SANT. Ahora mismo?
- CAROL. Sí señor.
- SANT. (Qué laconismo tan raro tiene esta Mis!)
Conque desde la estacion?...
- CAROL. Vine en derecha aquí para entregar á usted mi carta de presentacion.
(Se levanta el velo dándole una carta.)
- SANT. (Al acercarse para tomar la carta, se fija un momento en el rostro de Carolina.)
Cielos! (Dominándose y abriendo la carta.)
En efecto, veo que el buen doctor... (Juraria!...)
- CAROL. En ella el doctor Eguía explica á usted mi deseo; y en esos cuatro renglones puestos de su propia mano, expresa que de antemano acepto las condiciones de don Eugenio Marvella, y me encargo desde ahora de la educacion...
- SANT. (Interrumpiéndola.) Señora...
- CAROL. De sus hijos.
- SANT. (Como arrepintiéndose de su primer movimiento.)
(No... no es ella!)
- CAROL. Creo que son dos?...
- SANT. Verdad!
- CAROL. Duplicaré mi cariño.
Son niñas?...
- SANT. No, niña y niño.
- CAROL. Y qué edad tienen?
- SANT. (Casi estallando.) Qué edad?...
- CAROL. (Sospecha!)

- SANT. (Si juraria
que es ella!)
- CAROL. (Qué horrible afan!)
Ya supongo que serán
pequeñitos todavía.
- SANT. No tan pequeños. (Pensando.) Suplico
á usted que no tome á mal;
si parezco original
y estrafalario... Me explico?
- CAROL. No, no acierto á comprender
esa turbacion extraña...
(Aun duda!)
- SANT. (Con tacto y con maña
tal vez pueda...)
- CAROL. (Qué irá á hacer?...)
- SANT. (Contemplándola con fijeza.)
Hay tan grande parecido
en la mirada, el acento,
en todo... que hace un momento
estoy luchando y perdido
con un recuerdo tenaz
que llena mi alma de enojos.
- CAROL. Un recuerdo?...
- SANT. Son sus ojos...
- CAROL. Sus ojos?...
- SANT. Su misma faz...
(Carolina se levanta.)
la misma actitud!
- CAROL. Y bien?
- SANT. Al pensarlo me estremezco,
se parece...
- CAROL. Me parezco?...
- SANT. Mucho!
- CAROL. Mucho? Pero á quién?
- SANT. Á Carolina del Val,
(Con gravedad.) á una mujer muy herinosa
que fué... la primer esposa
de don Eugenio.
- CAROL. Y qué mal
hay en ello, si es que existe,
ese extraño parecido?...
- SANT. Esa señora... ha tenido

un fin muy triste!...

CAROL. Muy triste?

SANT. Y este recuerdo pudiera ..

CAROL. Acabe usted, por favor.

SANT. Renovar el cruel dolor
de su esposo y...

CAROL. De manera
que rehusa usted mis servicios?

SANT. Lo siento en el alma, pero...

CAROL. Conciuya usted, caballero!

SANT. Yo haré que los perjuicios
se le indemnizen á usted!

CAROL. Luego quedarme...

SANT. Imposible!

CAROL. Quién sabe; no es admisible
la disculpa. Esperaré
á esos señores

SANT. Que espera?...

CAROL. Es fácil que el parecido
que asusta á usted, del marido
no sea notado siquiera.

SANT. Quiere usted turbar la calma?...

CAROL. Si á otra mujer se enlazó,
es que á la muerta olvidó
completamente!

SANT. En el alma
lleva su imagen traidora
grabada con loco empeño.
No preste usted forma á un sueño
con su presencia, señora!

CAROL. (Encarándose con firmeza con Santiago.)
Contemple usted bien mi faz!

SANT. Marchita, pero es aquella!

CAROL. Soy ella?... Mire usted!

SANT. (Titubeando.) Ella
ha muerto!

CAROL. Á los muertos, paz! (Sentándose.)

Ya ve usted que no hay razon
ni causa, despues de todo,
para hacerme de ese modo
perder la colocacion!

SANT. (Con mucha intencion.)

Aquella pobre mujer,
murió lejos de su hogar,
y encontró tumba en el mar
tras de acerbo padecer.

CAROL. Un naufragio ..

SANT. Que aún aterra

mi memoria por sus daños,
ocurrido hace diez años
en las costas de Inglaterra!
De aquel inmenso dolor
que hoy parece amortiguado,
no quiero ver renovado
el recuerdo abrumador!
Razon es esta que á mí
me parece justa, ahora
contésteme usted, señora,
persiste en quedarse?

CAROL. Sí!

SANT. Extraña tenacidad!

CAROL. Tengo empeño en ver al dueño.

SANT. Pues á ese tenaz empeño
se opone mi voluntad!

No más discursos prolijos
y acabe aquí la cuestion
¿Qué quiere usted en conclusion?

CAROL. (Levantándose y con explosion.)

¡Qué quiero! ¡Quiero mis hijos!

SANT. ¡Es ella, es ella, Gran Dios!

Imposible... no, no hay tal.

¡Sus hijos! Si habré oído mal?

Estamos locos los dos
sin duda!

CAROL. No... no des voces...

SANT. Hable usted por compasion.

CAROL. ¡Me hice á mí misma traicion!

¡ni aun así me reconoces!

SANT. (Con temor.) Esa mi sospecha cierta!

CAROL. Santiago, tú callarás,

yo soy Mis Dickens no más!

SANT. Carolina!...

CAROL. Esa es la muerta!

SANT. ¿Mas cómo?

- CAROL. Dióme la vida
socorro providencial,
y su asilo un hospital
dó con esmero asistida
pude á lá vida volver.
No hubo quien reconociera
á la mísera extranjera,
y de otra pobre mujer
tomando nombre y estado,
quedéme lejos de España,
sepultando en tierra extraña
las culpas de mi pasado!
- SANT. Fingirse muerta, qué horror,
sin temer lo que ha ocurrido,
que un día aquí su marido...
- CAROL. Diese á otra mujer su amor?
Eso quise!
- SANT. Y si ella labra
hoy su ventura?
- CAROL. Eso ansio!
- SANT. Yo le hice libre!
- SANT. Dios mio,
libre!
- CAROL. Libre! Es la palabra!
Quién osará recordar
mis memorias olvidadas
entre las brumas saladas
de las ondas de la mar?...
Yo sólo pudiera, es cierto,
pero no; la esposa infiel,
para el mundo y para él
hace diez años que ha muerto!
Hacerle libre he querido,
y al desterrarme del mundo,
abrí un abismo profundo
entre ambos; dí á mi marido
su nombre y su libertad
en revancha á mi falsía;
todo se lo devolvía
en castigo á mi maldad!
Yo pude, en duelos prolijos
dar mi vida por su honor,

mas nunca darle el amor
que siento aquí por mis hijos!
Su felicidad de padre!
es la que envidio, ay de mí!

SANT. Y por qué vuelve usted aquí?

CAROL. ¿Lo preguntas? Y ¡Soy madre!
Quiero verlos!

SANT. (Infeliz!)

CAROL. Deposite yo en su frente
un beso de amor ardiente,
uno solo, y soy feliz!
¡Esta suprema alegría
quieres negarme...

SANT. No es eso.

CAROL. Bien valen un solo beso
tantos años de agonía.

SANT. Temo que Eugenio tal vez...

CAROL. He llorado tanto, tanto,
que hizo el raudal de mi llanto
surco indeleble en mi tez.

Veloz perdí mi frescura,
y es que el viento del dolor
marchita pronto la flor
liviana de la hermosura.

La muerte como un favor
pedí al cielo, mas la suerte
hasta me negó la muerte,
que era mi dicha mayor.

Y sabes por qué he vivido?...
Porque el suicidio es un crimen
de esos que no se redimen,
y el Señor no me ha querido.

Soñé pues con el perdón
y esa esperanza querida
ha sostenido mi vida
en alas de una ilusión.

Cuando el doctor vino á mí
proponiéndome este empleo,
loca de contenta, creo
que á su demanda accedí,
que si azar afortunado
cuando mi espíritu cae

hasta esta casa me trae,
os que Dios me ha perdonado!
Treguas pues á mi sufrir
el cielo clemente envía!
No verlos fué mi agonía!
Los verá! Torno á vivir!

SANT. N. se quede usted. (Suplicante.)

CAROL. ¿Estás

demente?

SANT. Por el reposo
de esta casa, y de su esposo,
y de esa mujer...

CAROL. Jamás!

SANT. Oponerme es mi deber.

CAROL. Luchas?

SANT. Aunque no me cuadre!

CAROL. (Con fiereza.) Centuplicanse en la madre
las fuerzas de la mujer!

¡No me moviera de aquí
tenaz contra el hado adverso,
ni el peso del universo
gravitando sobre mí!

SANT. Pero él al verla, qué hará?

¡Tiembo al pensarlo, Dios mio!

CAROL. Calma y valor; yo confío

que no reconocerá
en la faz triste y sombría
de esta mujer desolada,
la ilusion enamorada
de sus horas de alegría!

El tiempo y los desengaños,
y el pesar, siempre latente,
doblaron para mi frente
el trascurso de los años:

y en esta frente ántes bella
por lo inmaculada y pura,
el insomnio y la amargura
marcaron su triste huella.

Tanto en noches intranquilas
lloré el perdido sosiego,
que de mi llanto en el fuego
se abrasaron mis pupilas;

y en oración solitaria
tanto he rogado sumisa,
que en mis labios la sonrisa
se ha convertido en plegaria.
No, no temas sus enojos;
tan desfigurada estoy,
que no le dirán quién soy
ni mi boca, ni mis ojos!

SANT. ¿Y si estrechando algún día
en dulce y amante abrazo
contra el materno regazo
á esos niños...

CAROL. (Sin poderse contener.) ¡Qué alegría!

SANT. Si en ese transporte puro
del corazón indiscreto
se escapa el grave secreto?

CAROL. No se escapará, lo juro!

SANT. Imposible... es un delirio
ese plan...

CAROL. No.

SANT. Cada instante
será un martirio constante!

CAROL. Si ese es mi anhelo, el martirio!

SANT. Promesas, promesas vanas!

CAROL. Deja que aquí me redima!

SANT. Esa lucha está por cima
de las flaquezas humanas.

CAROL. Déjame aquí ser feliz.

SANT. ¡Pero y su padre, y su padre?

CAROL. ¡Oh, no quiero ser la madre,
seré sólo... institutriz!

No ambiciono sus caricias,
basta para mí contentó
la música de su acentó,
de sus juegos las delicias.
Con prudente discreción
yo sabré ganar con calma,
si no el amor de su alma
su respeto y su afección.

SANT. Imposible.

CAROL. Oye un momento
y el resultado calcula.

Mi sola presencia anula
 de mi esposo el casamiento.
SANT. Será usted capaz de hacer
 á esta familia infeliz.
CAROL. La madre ó la institutriz.
 Escoge...
SANT. Y esa mujer? ..
CAROL. Yo soy la esposa legal.
 Elige tú entre las dos.
 Mis Dickens...
SANT. ¡Basta por Dios!
CAROL. ¡Ó Carolina del Val!

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Me han dicho que aquí me espera
 una dama.
SANT. (Á Carolina.) (¡Su mujer!)
CAROL. Señora... tengo un placer...
SANT. La institutriz extranjera
 que esperábamos.
TERESA. Muy bien.
SANT. Tiene brillantes informes.
TERESA. Si ustedes están conformes,
 yo por mí lo estoy tambien.
CAROL. ¡Gracias! (Mi hermosa esperanza!)
TERESA. (Á Santiago.)
 Ninguna duda se ofrece?
 El buen Santiago merece
 toda nuestra confianza.
 Suplico á usted que no extrañe
 si en la presente ocasion
 solo escucho su opinion.
CAROL. No por cierto! En lo que atañe!
 á un cargo de tal valía
 todo temor es discreto.
 De antemano me someto
 á su fallo. (¡Qué agonía!)
TERESA. Tú dirás.
SANT. Yo... francamente,

Yo... usted debe ser quién...

TERESA. ¿A tí te parece bien?

SANT. ¿A mí?... Sí!

TERESA. Perfectamente.

CAROL. Gracias! (A Santiago.)

SANT. (Me está dando un rato...)

TERESA. Entónces, no háy más que hablar,
desde hoy puede usted ocupar
su plaza: cerrado el trato!

¿Le gustan á usted los niños,
no es cierto?

CAROL. Me gustan tanto

que forma mi solo encanto
prodigarles mis cariños.

(Como respondiéndole á una idea propia.)

¡Cómo no se puede amar

á los niños! á esos seres

que en sus juegos y placeres

nos vienen á recordar

en su ingénuo sonreír

y en su lenguaje adorado,

la inocencia del pasado

y la paz del porvenir!

TERESA. Tuvo usted hijos?

CAROL. ¡Jamás!

(Callad, tormentos impíos!)

¡Amo cual si fueran míos

los hijos de los demás!

TERESA. La costumbre.

CAROL. Justamente.

TERESA. Sentirá usted sin embargo
el recuerdo siempre amargo
de la patria; de ella ausente...

CAROL. (Interrumpiéndola.)

La patria está donde el alma

tiene un amor ó un placer,

donde se cumple un deber,

donde se encuentra la calma!

TERESA. Hermosa resignación!

SANT. (Qué admirable mansedumbre!)

CAROL. (Afectando indiferencia.)

Lo ha dicho usted, la costumbre,

- lo pide la profesion.
- TERESA. Eso es verdad. Va usted á ver sus alumnos al momento. (Sube al foro.)
- CAROL. Bien! (¡Desfallecer me siento?)
- SANT. (Cual sufre! Pobre mujer!)

ESCENA IX.

DI CHOS, LUIS y MARÍA!

- TERESA. (Llamando desde la puerta del jardin.) Niños!... Luisito... María!
- CAROL. (Apoyándose desfallecida en el hombro de Santiago.) ¡Dios mio!
- SANT. (Con reproche.) (Empezamos ya?...)
(Carolina se rehace dominando su emocion. Aparecen los niños en el foro.)
- TERESA. Acercaos y dar gracias por su escesiva bondad, á esta señora, que acepta gozosa y sin vacilar la delicada mision de ser vuestra aya.
- CAROL. Es verdad.
Mamá se digna admitirme, mas yo no debo aceptar hasta consultar primero de ustedes la voluntad.
Si yo les agrado...
- LUIS. ¡Tema!
Para qué es el preguntar?
Nosotros hacemos siempre lo que manda la mamá.
- MARIA. Ese es mi hermano! Yo puedo, porque tengo mas edad, tener mi opinion!
- SANT. ¡Soberbio!
- TERESA. Sepamos pues.
- CAROL. (¡Qué dirá!)
- MARIA. (Despues de contemplar un instante á Carolina.) ¡Usted debe ser muy buena

y me gusta! (Palmoteando.)

TERESA. Bien!

SANT. ¡Que tal
la mujercita!

CAROL. (Dándola un beso.) Divina!

TERESA. Es más zalamera y más...

MARIA. Pregona tú mis defectos!

TERESA. Ya te los conocerán.

Supongo que usted desea
recogerse, descansar
un rato.

CAROL. Si usted permite.

TERESA. Los niños la enseñarán
su habitación.

MARIA. Vamos?

LUIS. Vamos.

MARIA. Poco que le va á gustar!
Dan al jardín sus ventanas,
y á su pie, crece un rosal
muy alto, muy alto, tanto
que se puede uno asomar
y acariciar con los labios,
que es como me gusta más,
los cien capullos de rosa
que azotan en el cristal!

CAROL. ¡Un celeste paraíso
con dos querubes!

TERESA. Marchad!

(Carolina sale por el fondo, llevando un niño de
cada mano.)

ESCENA X.

SANTIAGO y TERESA á poco EUGENIO.

SANT. (Habré hecho bien? Creo que no!
yo no he debido ocultar...)

TERESA. No se olvide usted, Santiago,
que á la mayor brevedad
recojan el equipaje
de Mis Dickens.

SANT. Se traerá.

TERESA. Pareces muy preocupado,
qué tienes?... Te sientes mal?

SANT. No, no señora, al revés,
me encuentro bien. ¡Ojalá!

EUGENIO. (Que entra muy azorado.)
Santiago .. Santiago. .

TERESA. Eugenio,
que te sucede?

EUGENIO. (Algo contrariado.)

Aquí estás...

(A Santiago.) Dí quién es esa señora
que va con los niños?

SANT. ¡Ay!

Tan pronto!

TERESA. La institutriz.

EUGENIO. La...

SANT. Si. Acaba de llegar.

TERESA. Tanto nos ha complacido
á los dos...

SANT. Es la verdad.

TERESA. Que ya ves, sin esperarte
la hemos aceptado.

EUGENIO. Mas?...

TERESA. Es irroprochable!

SANT. Justo.

TERESA. Espérame, voy á dar
las órdenes necesarias
para instalarla. (Váse)

SANT. (Se va!)

EUGENIO. ¡Dime por Dios. no has notado
un parecido fatal?...

SANT. Con quién?

EUGENIO. Con ella!

SANT. No atino...

EUGENIO. Con Carolina!

SANT. (San Blas
me valga!) ¿Con la difunta?

EUGENIO. Eso es...

SANT. Te quieres callar...
ni remontamente...

EUGENIO. ¿Cómo

afirmas tú que no hay

parecido?

SANT. Y lo sostengo!

EUGENIO. Se me figuró al pasar
hasta escuchar el sonido
de su voz!

SANT. (¡Esto va mal!)

Apreensiones: ya ves tú,

yo no he llegado á notar...

quizá fijándose mucho

no digo que... mas será

una cosa imperceptible,

un aire... Casualidad...

rareza... pués... se dan casos...

no habría por que extrañar

pero un parecido... Vamos

muy parecido... no ¡quíá!

«*Facies non omnibus una,*»

¿Comprendes? (Ya empiezo á hablar
en latin, soy hombre al agua.)

EUGENIO. Me tranquilizas. Será
una ilusion.

SANT. Justamente.

(Barrunto la tempestad.)

ESCENA ÚLTIMA.

TERESA, EUGENIO, SANTIAGO.

TERESA. Nos espera el comedor.

EUGENIO. Vamos allá, esposa mia.

(Á Santiago.) Escribe al doctor Eguía
hoy mismo.

SANT. Sí, sí señor.

TERESA. Y le das en nuestro nombre
las gracias.

SANT. Descuide usted.

TERESA. Por su eleccion.

SANT. Sí, ya sé...
muy acertada.

EUGENIO. Es un hombre
de mucho pulso.

SANT. ¡Verdad!

TERESA. (Cogiéndose del brazo de Eugenio dice á Santiago.)
Vienes?

SANT. Voy... acudo luégo.

EUGENIO. Te esperamos. (Váase con Teresa.)

SANT. (Con desesperacion.) El sosiego,
la dulce tranquilidad,
y la dicha de los tres
en grave peligro veo.
¡Y qué hacer? ¡Qué hacer? Yo creo
que concluyo en Leganés!
(Váase precipitadamente.)

TELON.

ACTO ÚLTIMO

TERESA. Eugenio. Santiago.

TERESA. ¿Qué hora es?

EUGENIO. Allá son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

TERESA. ¿Y qué hora es?

EUGENIO. Son las diez.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, despues CAROLINA.

- ROSA. Nadie... cerrado el balcon, siempre todos duermen... el dormir en el campo es tan saludable... abramos
(Abriendo las ventanas que dan al jardin.)
y que se ventile... así...
Buenos días, señor sol; no esté usted en el jardin haciéndonos antesala; pase usted, rubio gentil, mientras yo corro á avisar que está usted de vuelta aquí.
(Mirando desde el fondo.)
Qué miro? Tan de mañana!
Mis Dikens, la institutriz.
Esta si que ha madrugado! (Entra Carolina.)
Ya levantada?
- CAROL. Ya, sí.
Me gusta hollar el rocío que hace á las flores abrir sus cálices

ROSA. Yo prefiero
lo contrario... un plato así
de sopas, ya están hirviendo.
Si usted quiere.

CAROL. Gracias mil.

ROSA. Manda usted algo?

CAROL. No, nada.

Retírate. (Ap.) (Cuán feliz!) (Váse Rosa.)

ESCENA II.

CAROLINA.

Recuerdos que atormentais
mi mente y en confusion
dentro del alma brotais
porque rudos azotais
sin tregua ni corazón?
Aún recuerdo la mañana
en que el jardín recorría
feliz, tranquila y ufana;
huyó como sombra vana
aquella dicha de un día. (Señalando al jardín.)
Nada en él, nada ha cambiado;
luz, aromas, frescas flores;
y en mi pecho destrozado
soplo de muerte ha secado
el árbol de mis amores, (Pausa.)
y Eugenio? Sospechará?
de tal modo su mirada
fija en mí... temo quizá
si me desdobre... arrojada
para siempre... basta ya,
conciencia, no temas nada.
(Llegando á la mesa.)
Pronto alegres correrán
confundiendo sus cariños
su lección estudiarán,
y quizá ni aun mirarán
mi rostro esos pobres niños.
Contempla tu propia ruina,
madre por siempre infeliz,

muera la luz que ilumina
y reemplace á Carolina
Mis Dikens la institutriz.

ESCENA III.

DICHA, EUGENIO, SANTIAGO.

EUGENIO. (Ap. á Santiago señalándole unos papeles que
lleva en la mano.)

En seguida que concluya
con esto, te llamaré.

(Dirigiéndose á Carolina.)

Aún duermen los niños?

CAROL. Sí;

se acostaron tarde ayer.

EUGENIO. No es de gran fuerza la excusa.

Tarde se ha acostado usted,
después que ellos, y no obstante...

CAROL. La costumbre, y fácil es,
si algo necesitan...

EUGENIO. Rosa
es la encargada de hacer
el almuerzo; usted, señora;
es la institutriz.

CAROL. (Bajando la cabeza.) Ya sé.

EUGENIO. Nada más.

(Ap. á Santiago.) Conque hasta luego,
que tengo que hablarte.

SANT. Bien.

ESCENA IV.

CAROLINA, SANTIAGO.

CAROL. (Ap.) (Institutriz... nada más!)

SANT. (Ap.) (Si yo pudiera otra vez.
Probaremos.)

CAROL. (Ap.) (Qué suplicio!

SANT. Señora, perdone usted,
mas callar es imposible.

CAROL. Temes?

SANT. Pues no he de temer?
Desde que ha vuelto á pisar
esta casa, no sé qué
pesadillas me acongojan.
Ni cómo, ni duermo bien...
Yo que antes no despertaba
aunque dispararan diez
cañonazos, ahora estoy
que no se me puede ver.
Sueño cosas tan horribles...

CAROL. Pobre Santiago!

SANT. Un lebrél
me persigue; yo, cambiado
en conejo, echo á correr;
el perro se cambia en mono
por arte de no sé quién,
y me pega una paliza
terrible; vamos á ver,
es esto justo?

CAROL. Qué medio
de evitarlo?

SANT. Hay uno.

CAROL. Y es?

SANT. Si usted no, acierta...

CAROL. Partir? (Santiago calla.)

Es eso? (Señal de asentimiento de Santiago.)

No partiré.

Pide mi vida, la sangre
de mis venas y harás bien,
que á veces es la existencia
estorbo para el placer.

SANT. Señora...

CAROL. De qué te quejas?

No escondo en el alma bien
las quejas que al labio salen
é inundan todo mi ser?
Han conocido en los rasgos
de mi faz á la que fué
madre y esposa? Mis Dikens
responde de mí. Sabré
la máscara engañadora
sobre mi rostro poner.

SANT. Perdome usted, son acaso, chocheos de la vejez.
Sí, sí, no es usted la misma, pero á veces sin querer, tal expresion en sus ojos observo... se acerca usted á la señora y relumbran con tan sañudo poder, que el terror hiela mis venas y el fuego abrasa mi sien... Y la señora de...

CAROL. Sigue; de Marvella; si lo es á qué negarla ese título que por Dios sellado fué?

SANT. La esposa de don Eugenio es muy cariñosa, y es muy buena; por qué negarlo? Así, no es extraño que la quiera á usted mucho y trate de ensalzar y enaltecer las glorias del matrimonio, cuando debiera más bien evitarla á usted la pena de escucharlo.

CAROL. Y qué he de hacer? Me habla de su dicha, ignora quién soy, y en mí sólo ve su confidenta.

SANT. Peor.

CAROL. Es qué existo? Acaso es Carolina quien escucha sus palabras, que al correr del labio traen á mi mente auroras que yo soñé?

SANT. Pero usted sufre.

CAROL. Y acaso juré no sufrir tal vez? Qué ser nace á la existencia sin esa gota de hiel?

ESCENA V.

DICHOS, ROSA, luego TERESA.

ROSA. Señora, los señoritos
no están en su cuarto.

SANT. Qué?

ROSA. Sin duda han salido.

CAROL. (Inquieta.) ¿A dónde
han ido?

ROSA. Con la mujer
del jardinero.

CAROL. En tal caso, ¿cómo
su esposo debe saber...
y nos dirá.

ROSA. Nada dice.

CAROL. Es muy extraño.

Veré... (Disponiéndose á salir.)

TERESA. Qué es eso? (Saliendo.)

SANT. (Señalando á Carolina.) Nada, la pobre
señora, que se halla inquieta,
pues los chicos... siempre indóciles...

TERESA. Tranquilícese usted, creo
saber en dónde se esconden.
Santiago, Eugenio te espera.

SANT. Voy al punto. (Ap.) (San Onofre!
Dejarlas solas aquí;
si soy lo más hotentote!) (Váse.)

ESCENA VI.

CAROLINA y TERESA.

Teresa toma una labor del costurero y se sienta en una
silla á la izquierda de una mesa. Pausa corta. Carolina
agitada, registra con sus ojos el jardín.

TERESA. Fija usted en el jardín
los ojos? pronto vendrán.

CAROL. (Ap.) (No me delates, afán,
y da á mis angustias fin.)
(Á Teresa.) No sé dónde habrán podido...

TERESA. Tampoco yo, y no me apeno.

- CAROL. Está ese rostro sereno?...
- TERESA. Debiendo estar abatido?
Es que adivino el objeto
de la matinal salida;
estarán aquí en seguida.
Sospecho que hay un secreto.
Siéntese usted á mi lado,
tranquilícese y hablemos,
luégo les regañaremos
y negocio terminado.
- CAROL. Si usted el motivo sabe (Sentándose.)
me resigno y no me opongo.
- TERESA. No lo sé, pero supongo
que no será nada grave.
(Pausa.) Es prodigioso el afecto
para el tiempo trascurrido
que de usted han merecido
esos niños.
- CAROL. En efecto.
- TERESA. ¡Son tan lindos!
- TERESA. Y debieran
ser más felices!
- CAROL. (Gran Dios,
qué irá á decir?)
- TERESA. Si los dos
de otra madre descendieran!
Abandonados... Perdon
(Movimiento de Carlina.)
si esta palabra imprudente
revela el pesar latente
que aún sufre mi corazón.
- CAROL. ¿Sufré usted siendo tan buena?
- TERESA. Del alma, allá en lo profundo,
qué ser existe en el mundo
que no guarde alguna pena?
- CAROL. Alegre y feliz...
- TERESA. Sí, sí...
pero turba mi reposo
del pasado de mi esposo
la historia triste.
- CAROL. (¡Ay de mí!)
- TERESA. Fué la primera pasión

- de Eugenio una pecadora...
- CAROL. ¡Que murió!
- TERESA. Tal vez la llora
todavía!
- CAROL. ¡Qué ilusión!
- Todo en el mundo se olvida.
- TERESA. Bien el olvido merece
la perjura que escarnece,
cuanto hay de santo en la vida!
- CAROL. (¡Jesús!) Verdad! Pero el mal
tiene atractivos... cegada
esa mujer... desgraciada
más que culpable...
- TERESA. No tal.
Si en otro amor encontró
medios de ultrajar al padre,
concibe usted que esa madre
dejase a sus hijos?...
- CAROL. (Con voz ahogada.) No!
Pero quién sabe el suplicio
que sufrió...
- TERESA. (Interrumpiéndola.) La compadece?...
Nunca compasion merece
la solidaria del vicio!
- CAROL. ¡Y usted ocupa el lugar
que ella dejó en su abandono?
- TERESA. Sí, pero no la perdono
porque no puedo olvidar
las lágrimas que corrieron
por la faz de Eugenio!
- CAROL. (¡Oh!)
¡Y las que ella derramó
del corazón no salieron?
- TERESA. Cuando sufre el inocente
surge el dolor despiadado!
- CAROL. ¡Y qué vale comparado
al dolor del delincuente?
- TERESA. Cristo, sin culpa, la hiel
probó del amargo duelo!
- CAROL. (Con explosion.)
¡Pero Cristo está en el cielo,
y en el infierno Luzbel!

TERESA. Y mis lágrimas?

CAROL. ¿Qué escucho!

Ha llorado usted, señora,
por la pobre pecadora?...

TERESA. Que si he llorado!... Sí, mucho!
He tenido que luchar
contra ese recuerdo alevoso
que fundía entre la nieve
del desencanto mi hogar,
Eugenio por conveniencia
sin duda ninguna.
(Movimiento de Carolina.) Es padre,
buscando á sus hijos madre
halagó mi inesperienza.
Puso en mi sien la corona
de esposa, tras cuatro años
de llorar sus desengaños.

CAROL. Y Dios ese lazo abona!

TERESA. Sí; pero yo, que anhelaba
su amor, cual en él hoy creo,
forjé un mundo á mi deseo,
felicidad y amor,
feliz, y con él soñaba.
Una noche en un salón
miré su rostro doliente,
y al mirarle frente á frente
sentí extraña compasión.
Quise hablarle; hondo temor
mi torpe lengua embargaba,
pues comprendí que me hallaba
en frente de un gran dolor.

CAROL. Misteriosa simpatía!

TERESA. Sí, desde el momento aquel
comencé á pensar en él
sin sospechar que algun día
llegase, como llegó,
algunos meses más tarde,
que entre animoso y cobarde,
estas frases me escribió:
«Hay un hogar extinguido
que nueva luz necesita;
dentro de un pecho palpita
un corazón dolorido.»

Cesen los duelos impíos
y cese mi hondo pesar.
Quiere usted desde hoy llamar
hijos á los hijos míos?...
Y aquellos hijos hallaron
de nuevo alzado su hogar.
¡Dios no quiso abandonar
á los que solos quedaron!

CAROL. Quién desde entónces la calma
robó á usted y la ventura?...

TERESA. El recuerdo de la impura
que él conservaba en el alma!

CAROL. ¡Es usted cruel con ella!

TERESA. Cierto, cruel, es verdad!

Mas de mi felicidad
nubló un momento la estrella.

Tanto apuré en mis enojos
el cáliz hasta las heces,

que hasta el odio algunas veces
subió á oscurecer mis ojos!

Todo cuanto el pensamiento
puede ofrecer con largueza,

amor, constancia, firmeza,
astucia, celos, tormento,

todo luchó en mi favor
contra el recuerdo del ser

que en la forma de mujer
fué un demonio tentador.

Un despojo en una fosa,
polvo ruin fué la rival

que alzaba el genio del mal
en lucha contra la esposa!

CAROL. ¡Tanto la amaba!

TERESA. Lograr

su perdon fácil le fuera
si á la luz del sol pudiera

de nuevo la frente alzar!

CAROL. ¡Por qué entónces maldécir
su memoria! Dios airado

puede del mármol helado
hacerla hasta aquí venir!

¡Por qué su losa mortuoria!

golpear con saña tenaz!
¡Deje usted que duerma en paz,
y bendiga su memoria!

TERESA. Es verdad! Pero no sé
cómo pudo la traición
á tan noble corazón
ofender, á no ser que
ella no le amase.

CAROL. Oh!
Tal vez le amó demasiado!

TERESA. No comprendo...

CAROL. (Con resolución y energía.) Si ella ha amado
al hombre que abandonó
con una pasión ardiente,
de esas que el labio no nombra,
en que ofende hasta una sombra
al corazón impaciente,
qué extraño que roto el freno
de la voluntad esclava,
se desbordase, cual lava
que lleva un monstruo en su seno?
Hay almas para el combate
forjadas; almas de fuego
que huyen el dulce sosiego
del mar buscando el embate.
Quizá la desventurada
cuyo sitio ocupa usted
en esta casa, alma fué
para el combate templada.
¿Juzgó desde en su afán
la frialdad de un hombre grave?
¿Quizá se perdió la nave
por culpa del capitán?
Cuando el corazón no ve
y el espíritu vacila,
hacen que el alma intranquila
pierda un instante la fe,
y en ese instante fatal
deciden de la existencia
una frase, una imprudencia,
una mirada glacial!
Después el pecado toca

con sus alas en el alma; huye la plácida calma y estalla la mente loca; y surge el remordimiento que aniquila nuestro ser, el hastío en el placer, la sombra en el pensamiento, y se maldice y se llora recordando en el delirio

que la senda del martirio arrastra á la pecadora!

Mas la que goza tranquila como usted, dé la existencia sin que nada en la conciencia suba á quemar la pupila, debiera ahogar los agravios en las alas del perdón, el bálsamo del corazón que aplican siempre los labios!

TERESA. Si esa pintura no engaña, ya no me acierto á explicar cómo Eugenio pudo amar á una mujer tan extraña.

CAROL. Misterios del corazón, raros contrastes que en vano quiere del misero humano adivinar la razón! Cese usted en su desvelo y derrame en esa herida la indulgencia, que es la vida, el perdón, que es don del cielo!

TERESA. ¡Que yo la perdone! dice!

CAROL. ¿Cree usted que debo en rigor. El perdón es ley de amor, se perdona, y Dios bendice! Á qué obstinarse en negar ese perdón!

TERESA. Si no puedo!

CAROL. (Estallando.) Pero eso no es odio!... Es miedo! que pueda resucitar!

TERESA. Fuera pueril el temor!

Hoy nuestras almas se funden.

CAROL. (Interrumpiéndola.)

¡Hay mujeres que confunden
la amistad con el amor!

TERESA. Pero eso es infame, impío.

CAROL. (¡Oh!)

TERESA. Si Eugenio me estimara
tan solo! ¡Si no me amara!

CAROL. (¡Qué es lo que dije... Dios mío!)

ESCENA VII.

DICHAS y EUGENIO.

TERESA. (Teresa al verlo aparecer se levanta rápidamente.
va junto á él, y arrojándole los brazos al cuello
le pregunta ansiosa y casi llorando.)
¿Dí, no es cierto que me adoras?

EUGENIO. Has perdido la razon?
Quién causa tu agitacion?
¡Qué sucede! ¿Por qué lloras?
Acaso usted... (Interrogando á Carolina.)

TERESA. No te alteres,
pues la culpa ha sido mia.
Sobre el amor discurría,
tema eterno entre mujeres.
Mis Dikens, con terquedad,
ha llegado á sostener
que á veces una mujer
tomaba en su ceguedad
por amor lo que era sólo
esa estimacion mezclada
de ternura, triste grada
que siempre conduce al dolo.
Entónces yo... ¡Qué locura!
tuve miedo... imaginé...
¡Pero en tus brazos hallé
completada mi ventura!

EUGENIO. (Á Carolina.) Señora, esas distinciones
no existen en el amor,
que es un puro resplandor
que alumbra dos corazones.

Amor que hasta el sacrificio
puede llegar sin que nada
de la mente enamorada
empañe el sereno juicio.
Si hay otro amor, es el tal
consecuencia imprescindible,
señora, de algun terrible
desequilibrio moral.

(Á Teresa, abrazándola y llevándola fuera de la
escena.)

Ven, y disipa esas dudas
que al alma causan dolor;
si es todo tuyo mi amor,
por qué con él no te escudas? (Vánse.)

ESCENA VIII.

CAROLINA.

«Si es todo tuyo mi amor.»
Frase terrible, que anuncia
la muerte de una esperanza
que entre sudarios se oculta.
Cuán severa su mirada
me reta á implacable lucha,
no, tan sólo, es de reproche
para la esposa perjura.
La ama tanto como afirma,
ó en horas de loca angustia
girones de pensamiento
con sordo latir anuncian
que la hoguera puede arder
aunque cenizas la cubran?
Quizá no ha muerto el pasado
en su corazón: ¿quién mura
el alma con triple losa
como se mura una tumba?
Si yo pudiera: ojos tristes,
pedid la luz que fulgura;
boca helada, haz que la risa
alegre hasta el labio suba,
voz que un tiempo hermosa fuiste,

evoca aquella hermosura,
para que pueda decirle:
«Eugenio, mi Eugenio, escucha,
»no ha muerto, á tu lado vive
»tu compañera, la única
»á quien amas, Carolina,
»la madre que un hogar funda.
»la celeste mensajera
»que el mundo contigo cruza.»
Quiero tentar esa prueba,
quiero verle, Dios me ayuda!
quiero mis hijos, mis hijos;
tres almas que forman una
que en mi seno se fundieron
y en el espacio se buscan.
(Va á salir delirante y entra Santiago.)

ESCENA IX.

CAROLINA, SANTIAGO.

- SANT. (Con terror.) Señora, válgame el cielo!
qué significa esa angustia?
- CAROL. Quién viene? (Atónita y con sagacidad.)
- SANT. Vaya una hazaña!
pues me agrada la pregunta!
Pueden venir y...
- CAROL. (Con aire de desafío.) Que vengan!
- SANT. Sí, que vengan; y hay quien sufra
con paciencia!... ya el volcán
revienta! La Virgen pura
me valga. Yo me desmayo.
(Cae en una butaca. En seguida se levanta y dice
con cómica transición.)
Pero no; toda la culpa
es mía. Por Dios, señora,
qué respondo yo si hay una
catástrofe cuando digan:
«Santiago, serpiente astuta,
has hecho traición al pan
que aquí comes, pues ocultas
sin decir media palabra

una traición tan mayúscula.»
No responde usted? (Quizá se ha conmovido.) Quién duda que esos pobrecitos niños lo sabrán todo?

CAROL. (Aterrada.) Tú juzgas?

SANT. El escándalo espantoso cuando sepan...

CAROL. Y si en suma ya lo saben?

SANT. No, lo juro, y nunca mis labios juran en falso; lo ignoran todo; en cambio cuánta ternura, cuánto cariño á usted tienen!

CAROL. Hijos del alma!

SANT. Se juntan el respeto y el amor que á usted profesan.

CAROL. (Estrechando las manos de Santiago.)

¡Ah! nunca podré pagarte.

SANT. No, es él.

CAROL. Él! (Retrocediendo.)

SANT. Que con frecuencia suma les habla de usted, y ella.

CAROL. Quién?

SANT. La señora,

CAROL. Te burlas?

Ah! Comprendo, tienes miedo y con frases me subyugas!

No, basta de humillaciones, basta de horribles torturas.

Si Dios hubiera querido condenarme á tal angustia

me hubiera dado el valor que al desgraciado procura

Ah! hijos! mis hijos! Ah! me amarán mucho sin duda

cuando sepan las horribles tristezas que mi alma inundan.

SANT. (Asomándose al fondo.)

Ahí vienen.

CAROL. (Acercándose al fondo.) Gracias; Dios mío!

SANT. (Cerrándola el paso.)
Por piedad!

CAROL. (Deteniéndose y cubriéndose el rostro con la mano.)

Todo se nubla:
hielo corre por mis venas.
¡Cómo se venga la culpa!

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA y LUIS.

SANT. (Procurando tranquilizarse y dirigiéndose á los niños mientras Carolina á la derecha, entre el sillón y el piano, está medio oculta por Santiago.)

Ya de vuelta. picarueños!
Se rien! vaya unos modos!
os vais y quedamos todos
entre dudas y recelos.

MARIA. (Á Santiago.) No nos riñas, no hemos hecho
ningun mal.

SANT. Ya lo supongo;

(No sé la cara que pongo,
no debe ser de provecho)
Ya sé; fuisteis á almorzar...

LUIS. Embustero! (Á Santiago.)

SANT. (Muy grave.) Caballero

no se le llama embustero

á un dómine de lugar.

(Á María.) Hable usted.

(María señala á Carolina.) Eso te apena?

Vaya unos niños discretos!

ocultais vuestros secretos

á una señora tan buena?

LUIS. Tiene razon. (Á María.)

MARIA. (Á Luis.) Es verdad.

Un beso. (Á Carolina que se lo da.)

LUIS. (Á Carolina que se lo da.) Tambien á mí.

SANT. (Pobres niños. (Á María.) Vamos, dí.

- CAROL. (Llevándose las manos al pecho mirando al cielo y ap.)
Gracias por tanta bondad!
- MARIA. (Á Santiago.) Recuerdas que al regresar de América se perdió el Trafalgar?...
- SANT. Si, se hundió en los abismos del mar.
(Con tristeza.) Ibá en él el pobre Anton.
- MARIA. Sus dos tristes huerfanitas unidas las manecitas llenas de amarga afliccion, cuando el santo se avvicina del padre, en señal de amores deshojan tempranas flores sobre la tumba marina. Es un humilde homenaje para que el monstruo sombrío no arrastre el despojo frio entre el movable oleaje.
- SANT. Y bien? (Sin comprender.)
- MARIA. (Con sonrisa picaresca.) Qué santo es mañana?
- SANT. Cómo?
- MARIA. (Saltando.) Viva!... no lo sabe!
- LUIS. Santa Carlina!
- SANT. (Dando un salto.) Es grave.
- CAROL. (Yo muero!)
- LUIS. Quiso mi hermana hacer lo que aquellas niñas; nos levantamos.
- MARIA. Y ya todo terminado está.
- SANT. Pero á dónde? (Estupefacto.)
- MARIA. (Con mimo.) No nos riñas.
- LUIS. Todo el plan fué de María.
- MARIA. (Á Santiago.) Verás: yo dije: en el cielo todas las madres se hablan, son amigas; allí entablan diálogos, y con anhelo ponderan el santo amor del que reza por el alma

de aquella que en dulce calma
vive en un mundo mejor.»
Hemos quitado al jardín
cuantas flores encontramos;
ni una rosa perdonamos
ni al más pequeño jazmín.
Juana nos acompañó
al cementerio, y allí
buscamos hasta que vi
una tumba; Luis leyó
sobre la lápida; era
de una madre que en la vida
cayó, por la muerte herida,
en su gentil primavera.
Las colocamos muy bien
al lado de las que había,
mientras Luis alto decía;
«Buena madre, que también
como la nuestra has dejado
huerfanitos en el mundo.
oye con amor profundo
lo que pido arrodillado,
á la que ni tumba tiene
donde poder colocar
una cruz, hazle entregar
en nuestro nombre, si viene
á verte. esas bellas flores,
hermanas de las que un día
nuestro jardín le ofrecía
en otros tiempos mejores.»
Por ambas madres rezamos,
besos á las flores dimos,
de Juana nos despedimos
y aquí juntos regresamos.
Ha sido mal hecho?

SANT.

No.

Es decir, sí, porque cuando...

LUIS.

Miralé, si está llorando.

MARIA.

(Corriendo á él y con cariño.)

Santiago!

SANT.

(Queriendo disimular.) Llorando yo!

(Á Carolina rápido y bajo.)

- CAROL. (Lo ve usted, no saben nada.)
(Hijos de mi corazón!)
- SANT. Vamos, vamos, la lección
ya debe estar estudiada.
(A Carolina bajo y rápido)
(Calma por Dios.) (A ellos.) Ahí quedais
con vuestra aya.
- LUIS. (Tomándolo de la mano) Mi cuaderno.
- SANT. (Yéndose.) (Cuando se opone el infierno...)
(Váse.)
- MARIA. Empiezo.
- CAROL. (Sentándose.) Cuando querais.

ESCENA XI.

CAROLINA, MARÍA, JUAN.

- MARIA. (Tomando un libro de la mesa y abriéndolo.)
La traducción. Aquí es,
(Lée.) «Dios á todos nos ha dado
el instinto delicado
de la familia.»
- CAROL. Eso es.
- MARIA. (Leyendo.) «Del sentimiento paterno
algunos carecen.»
- CAROL. Ah!
- MARIA. (Leyendo.) «En sus frutos cambio da
constante el amor materno.
De una madre el corazón
santos afectos agitan,
pues los hijos necesitan
cuidados y protección.»
(Cierra el libro.)
Sin embargo, por el mundo
hay madre que se desprende
de sus hijos.
- CAROL. (Ap.) (No comprende
que del alma á lo profundo
la sonda terrible arroja.)
- LUIS. Papá dice que es demente
la que á un niño, un inocente,
de tal manera acongoja.

MARIA. (Al ver la angustia muda de Carolina.)
Qué tiene usted?

CAROL. (Reponiéndose.) Nada, nada; prosigue.

MARIA. Ya he concluido.
Está el trozo traducido
y mi lección acabada.

CAROL. Dejadme los libros; yo
los revisaré.

MARIA. Está usted
enfadada?

CAROL. (Sonriendo.) Yo? por qué?

MARIA. Por haber salido.

CAROL. No.

MARIA. Si con afanes prolijos
las madres nos cuidan bien,
es muy justo que también
piensen en ella los hijos.

CAROL. Cuando ella subió á la gloria
érais muy niños quizás;

LUIS. Qué importa? razón de más
para evocar su memoria.

CAROL. (Procurando aparentar indiferencia.)
Cómo supísteis su muerte?

MARIA. De manera tan extraña
que su recuerdo aún nos daña
y en luto el placer convierte.

Papá sentado ocultaba
entre las manos su frente;
yo muy triste su doliente
angustia fija miraba.

Del cielo oscura neblina
en átomos leves cae.

¡Qué tristes visiones trae
esa flotante cortina!

Entra de pronto un criado
y una carta que traía
da á mi padre; se veía
el sobre de negro orlado.

De pronto se levantó
mirando aterrado al cielo,
¡muerta! Dijo, y en el suelo

inerte se desplomó.

Negro traje nos pusieron,
tributo á la muerte insana,
y á la siguiente mañana
al templo nos condujeron.
Papá con nosotros vino;
el sacerdote oficiaba
y nuestro padre lloraba.

CAROL.

Lloraba?

MARIA.

Sí, del divino
Redentor al pie gemia
con pena tan honda y fiera
cual si en el trance estuviera
de la espantosa agonía.
Él que la adoraba tanto!
morir donde no la vieran!
sin que sus hijos pudieran
recoger su último llanto!

CAROL.

(Estallando.) Basta, basta, el corazón
me desgarras...

MARIA.

(Acercándose con Luis.)

Qué teneis?

CAROL.

No, dejadme! atrás! que haceis?
se me escapa la razon.

Me muero. (Se desmaya.)

LUIS.

(Corriendo á la izquierda)

Socorro! Padre!

(Yendo de un lado para otro.)

Santiago!

MARIA.

(Socorriéndola) Se ha desmayado.

LUIS.

(Viniendo á ella.)

No vuelve?

MARIA.

(Con terror.) El pulso ha cesado
de latir. (Corriendo á la izquierda.)

Santiago! Madre!

ESCENA XII.

DICHOS, TERESA, SANTIAGO, ROSA y EUGENIO.

TERESA. (Corriendo al socorro de Carolina.)

Qué es eso? Mis Dikens...

MARIA. Sí.

de pronto... en ese sillón...

SANT. (Observándola.) Vuelve en sí.

CAROL. (Saliendo de su letargo desencajada y como rechazando algo que la persigue.)

No!... no!...

(Encontrándose al querer salir espantada con Eugenio que aparece en la puerta de la derecha cae de rodillas juntando las manos y con voz ahogada exclama.)

Perdon!...

perdon!... (Oculta su rostro.)

EUGENIO. (Con extrañeza y naturalidad.)

Me habla usted á mí?

Qué causa?

CAROL. (Levantándose rapentinamente y retrocediendo hasta ganar la puerta de la derecha.)

No!... (Qué iba á hacer.)

Estoy loca!

(Se acerca á Santiago y cogiéndole las manos lo arrastra hácia fuera. Éste la sigue maquinalmente y lleno de espanto.)

Fué un engaño.

Sí, si parto... (Á Santiago llevárselo)

TERESA. (Estupefacta y como si la sombra de una sospecha cruzara por su frente.)

Es muy^a extraño,
qué le pasa á esta mujer!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

REVISTA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

Vol. 1, No. 1, 1967

2

1967

CONTENIDO

1. El léxico de la lengua...

2. El léxico de la lengua...

3. El léxico de la lengua...

4. El léxico de la lengua...

5. El léxico de la lengua...

6. El léxico de la lengua...

7. El léxico de la lengua...

8. El léxico de la lengua...

9. El léxico de la lengua...

10. El léxico de la lengua...

11. El léxico de la lengua...

12. El léxico de la lengua...

13. El léxico de la lengua...

14. El léxico de la lengua...

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LUIS y TERESA.

Luis de pie en el foro, y mirando hacia el jardín con mucho interés. Teresa sale por la izquierda y se acerca al niño.

TERESA. ¿Qué haces, Luisito?
(Bajan los dos al proscenio.)

LUIS. Esperando
á María, quiero verla
para saber como está
Mis Dikens.

TERESA. Pues qué, está enferma?

LUIS. Vaya! Se ha puesto muy mala!

TERESA. Es posible? (Aquella escena)
(Sentándose y atrayendo á Luis junto á sí.)

Ven, acércate, hijo mio...

LUIS. Qué quieres, mamá?

TERESA. Te acuerdas
de lo que hablabais vosotros
esta mañana con ella?

LUIS. Con la institutriz?

TERESA. Sí.

LUIS. Cuándo?

- TERESA. Cuando esa súbita pena,
cuando ese desmayo...
- LUIS. Ah! sí,
ya me acuerdo.
- TERESA. Sí?... qué era?
- LUIS. Te enojarás?
- TERESA. No por cierto.
- LUIS. De la mamá.
- TERESA. De la muerta...
- LUIS. Sí, pobrecilla...
- TERESA. Creía
que jamás hablabais de ella,
sobre todo, así, entre extraños.
- LUIS. Esa señora es tan buena...
y además Santiago ha dicho
que no importa.
- TERESA. Ya! (Qué idea!
Santiago debe saber.) (Abstraida.)
- LUIS. Mira, mamita, no temas,
jamás la hablaremos de eso
para que no se entristezca.
- TERESA. Se entristeció?
- LUIS. Mucho.
- TERESA. Mucho!
- LUIS. Si tú hubieras visto...
- TERESA. Cuenta;
qué ha sucedido?
- LUIS. Lloraba.
- TERESA. ¡Lloraba!
- LUIS. Pero de veras!
Mi hermanita refería
cuando fuimos á la iglesia
con el papá, y lo que este
nos dijo: como se acuerda
de todo...
- TERESA. Sí, sigue, sigue.
- LUIS. Y ella se puso muy seria
y muy pálida, y de pronto
nos miró así, con fiereza,
y gritó, «basta!» «Dejadme!»
y cayó como una muerta
sobre el sillón!

- TERESA. Es extraño...
- LUIS. Extraño? No, no lo creas.
Ya nos ha dicho papá
la razon.
- TERESA. ¿Tu padre!
- LUIS. Esa
señora, segun parece,
ha perdido allá, en su tierra.
y en un naufragio tambien,
á un ser querido, y su pena
con el recuerdo evocamos
al contar la historia nuestra.
- TERESA. Ya comprendo. (¿Y cómo Eugenio
logró averiguar?... Es fuerza
que yo interrogue á Santiago
ahora mismo.)
- LUIS. Si me dejas
iré á ver...
- TERESA. Corre, hijo mio.
(Aquí Santiago se acerca,
Dios me lo envia.)
- LUIS. Hasta luégo. (Váse corriendo por el foro.)
- SANT. (Entra sin reparar en Teresa.)
- TERESA. Santiago...
- SANT. (¡Cielos, Terésal)

ESCENA II.

SANTIAGO y TERESA.

- TERESA. Dí, ya no somos amigos,
Santiago? Pasó aquel tiempo
en que bueno y cariñoso
me consagrabas tu afecto,
tu amistad?
- SANT. Por Dios, señora,
vamos, no diga usted eso,
yo la quiero á usted cual siempre.
- TERESA. Y me ocultas tus secretos!
- SANT. Mis secretos? Mis... Pues vaya,
tiene gracia! Mis?... Los viejos
no tenemos nunca... (Estoy

en un potro, ¡sudo y tiemblo
todo á la vez!

TERESA. Sé que existen
en esta casa misterios.

SANT. Misterios?...
TERESA. Qué tú no ignoras.

SANT. (Gran Dios!) Señora, protesto,
yo no sé, yo ignoro...
TERESA. Vamos,

á qué te pones tan serio?
SANT. (Esforzándose para sonreír.)
Yo serio?

TERESA. Y tan colorado...

SANT. Con este pícaro tiempo...

TERESA. Oye; por qué no advertirme
que á Mis Dikens, por ejemplo,

no era conveniente hablarla
de naufragios...

SANT. (Ap.) (Yo estoy muerto!)

TERESA. Á fin de no despertar
penosísimos recuerdos
en su corazón...

SANT. (Qué angustia!)

En su corazón?... Y de eso?...
qué sé yo!

TERESA. Si, tú lo sabes,
no me lo niegues.

SANT. Sostengo...

TERESA. Tú has dicho...

SANT. Ni una palabra!

TERESA. ¡Que no! Cómo sabe Eugenio
entonces la historia?

SANT. ¡Qué?

¡El señorito! No entiendo!

Él sabe?... Él dice...

TERESA. A los niños
ha encargado por lo menos...

SANT. ¡Ah! ya!... eso es otra cosa.

(¡Serenidad; ó me pierdo!)

Después de aquel accidente
que les causó tanto miedo,
pobres criaturas! Claro,

pedirían del suceso
la causa, la explicación...
parece que lo estoy viendo,
Curiosidad infantil!
Habrán preguntado... Eugenio!
sin saber qué contestarles,
habrá dicho lo primero
que se le ocurrió... los chicos
le dejan á uno perplejo
muchas veces sin saber
qué contestar.

TERESA. No te creo.

SANT. No? Por los clavos de Cristo,
señora, que yo...

TERESA. Pasemos
á otro asunto. Dí, qué sabes
pero real y concreto,
respecto de esa señora,
de tu protegida...

SANT. (Cielos!)
¿De mi protegida?

TERESA. Justo.

SANT. Oh! Poco á poco; yo debo
protestar, ¡mi protegida!
conste que yo no protejo
á esa señora... el doctor,
encargos de usted cumpliendo
desde Londres...

TERESA. Sí, ya sé.

SANT. Y usted misma, bien recuerdo,
que agradándola muy mucho,
quiso con tenaz empeño
que se quedase...

TERESA. Es verdad.

SANT. Los informes eran buenos,
y hasta ahora...

TERESA. Tienes razón.
(No sé por qué me atormento;
por qué esta duda tenaz
me roba la calma, el sueño!)

SANT. (Ya conjuré la tormenta
por ahora; tengo un talento...) (Medio más.)

- TERESA. No te vayas
SANT. (Dios me valga.)
¿Quiere usted algo?
TERESA. Sospecho
de Mis Dikens...
SANT. ¡Sospechar?
TERESA. Es tan raro cuanto observo...
SANT. (¡Ay! El principio del fin!)
TERESA. No has reparado el extremo,
el cariño exagerado,
el extraordinario afecto
que siente por esos niños.
SANT. No, señora, yo confieso
que no reparé... y despues,
qué mal puede haber en ello?
TERESA. Verdad... (Pausa.) ¿Fuiste á Liverpool
tú mismo, cuando el suceso
desgraciado...
SANT. Sí, señora,
sí. (Cómo estrecha el bloqueo!)
TERESA. Y cómo se hizo constar
la defuncion?
SANT. Por los medios
legales... el cónsul... todo
estaba en regla... y en...
TERESA. Creo
que te has turbado... que tiembles.
SANT. Es que me afecta el recuerdo
de aquellas horas tan tristes,
por lo demas...
TERESA. Veré á Eugenio,
le hablaré. (Haciendo sonar un timbre.)
Ya es necesario
que él me diga...
SANT. (Vino al suelo
como un castillo de naipes
al menor soplo de viento,
toda mi obra!)
ROSA. (Apareciendo.) Señora?
TERESA. Al señorito, que quiero
verle en seguida.
ROSA. Ha salido.

TERESA. Ha salido?

ROSA. Hace un momento
pidió el coche...

TERESA. Bueno, basta.
Retírese usted.

ROSA. (Qué genio
va echando la señorita,
no hay quien la sufra.) (Vázu.)

TERESA. Veremos
si yo logro descifrar
de algun modo estos misterios.
Hasta despues; tú no digas
ni una palabra.

SANT. Prometo... (Váse Teresa)

Lo que ya me recelaba!
Se va á armar aquí un tiberio
mayúsculo! Situacion
más terrible!... El pobre Eugenio
será el pagano! Teresa
tiene dudas y recelos,
y el porvenir se presenta
muy negro, pero muy negro!

(Aparece Carolina por la puerta donde se marchó
Teresa. Está muy pálida y camina con trabajo re-
velando en todas sus actitudes y movimientos los
progresos de la enfermedad.)

CAROL. ¡Cuánto me odia! Lo he visto,
corre por mis venas hielo.

Qué mirada tan terrible
la de esa mujer! El miedo
paralizando mi lengua
no dió lugar al acento!

SANT. Mis Dickens. (Acercándose á ella.)

CAROL. Quién? ¡Ah! eres tú.

Siento un temor...

SANT. Lo comprendo.

ESCENA IV.

CAROLINA y SANTIAGO.

SANT. Ve usted lo que yo decía
Carolina? á qué cansarse?

- usted no puede quedarse
en esta casa ni un día.
- CAROL. No me acuses, que el pesar
mina mi corta existencia.
(Santiago va á hablar.)
No me culpes; la conciencia
es juez que sabe acusar.
Corre torpe por mis venas
la sangre...
- SANT. (Con incredulidad.) Bah!
- CAROL. De tal suerte,
que quizá pronto la muerte
dará término á mis penas.
Esta continua agonía,
este asolador estrago
han matado en mí, Santiago,
toda la antigua energía.
Por qué he venido á esta casa?
- SANT. (Sábelo Dios ó el demonio.)
Á turbar un matrimonio
que feliz la vida pasa.
- CAROL. Yo no pude prever
tal odio, tan honda ira,
qué poder infame inspira
el alma de esa mujer?
(Queriendo levantarse, pero faltándole las fuerzas.)
Yo quiero partir.
- SANT. (Acercándose.) Más calma.
- CAROL. En seguida... mas no puedo.
- SANT. Qué le pasa? (Con solicitud.)
- CAROL. Olas de miedo
que llenan de sombra el alma.
Oh! dame resolución;
lejos, Santiago, tan lejos
que no lleguen los reflejos
de mi siniestra pasión.
- SANT. (Aterrado.) Carolina!
- CAROL. (Subiendo hasta el final.) Suelta espuma
arroja la hirviente ola
que se rompió ciega y sola
entre cenadales de bruma.
Impura baba el reptil

que muere y lanza el veneno,
cuando en su charca de cieno
molestan al monstruo vil.
Fuego despide el volcan;
tormentas el firmamento,
¡la protesta en el acéto
con que se venga Satán!
¿Qué vale el ciego placer
de ese azote comparado
al odio que ha amontonado
el alma de una mujer.

SANT. Y esos niños...

CAROL. (Con abatimiento.) Es verdad.
Huye, vision tenebrosa,
calla tú, venganza odiosa,
y vuelve á la oscuridad.

(Cae en el sillón.)

Qué postracion! Sube el fuego
á devorar mi garganta;
torpe se agita mi planta
y huye mi dulce sosiego;

SANT. Qué palidez! Si es preciso
llamaré,

CAROL. (Levantándose con gran trabajo.)

No, si he de irme...
quiero de ellos despedirme.
Una carta... de improviso
partir... pudiera el extraño
recelo... pronto saldré.

(Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)

SANT. Bueno, bien; esperaré.

CAROL. Aún puede evitarse el daño.

ESCENA V.

SANTIAGO.

Si, que parta, es lo mejor;
aquí la zozobra alienta
y se cierne la tormenta
sombra tendiendo en rededor.
Quizá la distancia pueda

aliviar su honda amargura.
Qué halla aquí? La desventura
que en rauda corriente rueda.
¿A qué turbar el reposo,
si al sacrificio, al dolor
la condena el Hacedor
juez vengador del esposo?
Pero habla así la razón
ó es el temor quien arguye?
Hay algo que no concluye
ni muere en el corazón
culpable, es cierto, marcada
por el sello de Dios mismo,
más allá, en el hondo abismo
donde cayó despeñada,
flota un amor ideal
que sube, se eleva, crece,
y triunfante resplandece
¡el santo amor paternal!

ESCENA VI.

CAROLINA, SANTIAGO.

- CAROL. Bajo esta llave encerrada
con la carta está el secreto.
Ya sin rumbo y sin objeto
puedo partir resignada.
- SANT. (Me aterra su triste acento,
brillan febriles sus ojos.)
- CAROL. (Cesad, amargos sonrojos,
no me acoses, pensamiento.)
(Á Santiago.) Vámonos.
- SANT. Vámonos.
- MARIA. (Dentro en el jardín.) Dónde está?
- CAROL. (Retrocediendo.) Esa voz.
- SANT. (Con despacho.) ¡Todo perdido!
- CAROL. (Reponiéndose.) No, no me engaña el oído.
- LUIS. (Dentro, más cerca.)
Mis Dickens.
- CAROL. (Con gozo excesivo.) SON ellos!... ah!
- SANT. Señora... (Sin saber qué hacer.)

- CAROL. Y yo que partía
olvidándolos cruel!.,
Apuré tanto la hiel
que sin sus besos huía.
- SANT. Calma por Dios.
- CAROL. ¡Si el pesar
desgarra mi herido pecho!
¿Es que no tengo derécho
siquiera para llorar?
- SANT. (Mirando al foro.) Aquí están! sola la deje
con ellos... pero... cuidado...
ni una palabra...
- CAROL. He callado
tanto, que es vano el consejo.
(Aparecen Luis y María por el fondo, Santiago
sale mirando con recelo la escena.)

ESCENA VII.

CAROLINA, MARÍA y LUIS.

- LUIS. (Á María.) Y qué hacemos?
- MARIA. (Á Luis.) Mo es difícil
decírselo.
- CAROL. (Con angustia.) (No se acercan.)
- MARIA. (Á Luis.) Nos quiere tanto, quizá
le agrada nuestra sorpresa.
- CAROL. (Ya vienen.)
(María y Luis se colocan cada uno á un lado del
sillon en que está Carolina.)
Conque de compras?
- MARIA. Nos fuimos á la Minerva,
un almacén que han abierto
en la calle de Carretas,
pero sólo hemos comprado
una joya muy modesta.
Mire usted.
- CAROL. Un medallon.
- MARIA. Mas dentro una cosa encierra.
- CAROL. Algun retrato.
- LUIS. Eso es.
- CAROL. (No me atrevo; por qué tiemblan

mis manos y desfallecen
sin abrir?...

MARIA. Usté es tan buena
que callará; pues pensamos
dar á papá una sorpresa.
Abra usté!

(Carolina abre la joya y aparta los ojos.)

CAROL. (Con espanto y temor.)
Ella!

MARIA. Con traje
de boda. La cosa es buena
y fácil; ¿usted no ha visto
colgado frente á la mesa
del despacho un cuadro grande
que así nos la representa?
¡Es nuestra segunda madre!
Yo le dije á la maestra
de dibujo: «Luis y yo
queremos se copie de esa
imágen en miniatura.
Su corona de azucenas,
su blanco traje que flota,
su rizada cabellera,
en fin, igual á aquel día
en que sencilla y modesta
llegaba al pie del altar
feliz, alegre y risueña.»
Ayer quedó concluido,
hoy corrimos á la tienda
y hallamos el medallón.
¿Qué dirá cuando se vea
así copiada? á mi padre
Llamará del gozo llena
y «regalo de tus hijos»,
dirá con ternura inmensa,
«premio que á la buena esposa
concede Dios en la tierra.»

CAROL. ¡Corazones inocentes!
atormentadme sin tréguas,
herid, herid implacables
hasta que la muerte fiera
entre sus alas arrebate

mi acongojada existencia.»

MARIA. Qué tiene usted?

CAROL. Nada, No!

que en mi frente se condensan
recuerdos de una esperanza
que Dios airado deshecha. (Llora.)

MARIA. Llora usted?

CAROL. (Con regocijo.) Aún puede el llanto,
dar un consuelo á mis penas?
Si hay lágrimas en mis ojos
es que Dios aún no se aleja!

MARIA. ¿Otro recuerdo evocamos?
quizás un hijo...

CAROL. En la tierra

Dios nos envía en castigo
terribles y amargas pruebas.

Abrazadme, lloro muertos

dos hijos... si acaso llegan

hasta el cielo las plegarias

que los mortales elevan,

escuchad mi ardiente súplica,

haced que dichosos sean,

y separad de su vista

el cáliz que el labio quema. (Abrazándolos)

Si, abrazadme, que si hasta él

mis votos fervientes llegan,

haced que vivan felices,

(y haced que la madre muera.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Mis Dickens?... Pero ese llanto.
qué sucede?

CAROL. Nada, era...

MARIA. (Reprochándose á sí misma.)

Nosotros, que sin querer
renovábamos sus penas.

TERESA. Salid; allá en el jardín
el buen Antonio os espera,

haciendo un ramo magnífico
de claveles y azucenas

LUIS. Vamos.

MARIA. Pronto volveremos
á hacer á ustedes la ofrenda
de un clavel.

CAROL. Gracias!

TERESA. Pesada!

CAROL. Deje usted...

TERESA. Si se la deja
no concluye.

CAROL. ¡Qué martirio!

MARIA. ¡Adios!

TERESA. (Acompañando á los niños hasta el foro y bajando
en seguida.)

Adios. (Si pudiera...)

ESCENA IX.

CAROLINA, TERESA.

TERESA. Aunque el cariño la excusa,
bien comprendo que María
con su infantil simpatía,
Mis Dikeñs, de usted abusa.
Esa familiaridad
debe cortarse.

CAROL. Señora...

TERESA. Pues aunque usted atesora
para ellos mucha bondad,
temo que la confianza
haga olvidar el respeto.

CAROL. Yo aseguro... yo prometo...

TERESA. Á mucho el respeto alcanza.
Pero tanta libertad
van adquiriendo esos niños,
que hallan sobra de cariños
y falta de autoridad!

CAROL. (Con humildad.)
Usted es aquí la señora...

TERESA. (Interrumpiéndola con altivez.)
¡Madre, querrá usted decir!

CAROL. (Pasándose la mano por la frente y mirando con fijeza á Teresa.)

¡Madre!

TERESA. ¡Quién puede venir á arrancármelos ahora?

CAROL. ¡Nadie! Es verdad, es muy cierto: mas si Dios rasgase un hora el sudario...

TERESA. ¡Qué?

CAROL. Señora...

(¡Que iba á decir!) Nada. (He muerto!)

TERESA. ¡Esas palabras...

CAROL. Perdon!

Es que mi mente enloquece!

(Cae en el sillón.)

TERESA. (¡Negra sospecha estremece de nuevo mi corazón!)

CAROL. Tranquílicese usted.

TERESA. (Exaltándose.) Yo

tranquilizarme? Quién osa

arrancar de la honda fosa

á quien en la fosa entró!

Acaso á usted no he contado

que en mis noches de martirio,

de la fiebre ante el delirio

surge del negro pasado

un fantasma engañador

que con insana violencia

al invadir mi conciencia

arroja en ella el terror?

CAROL. ¡El terror!

TERESA. Que cuando á él

dirijo la vista ansiosa,

porque su frase amorosa

rompa un silencio cruel,

y cerca de esos dos seres

intento con loco empeño

realizar el dulce sueño,

que es vida de otras mujeres,

de mi inquieto pensamiento

surge el fantasma evocado:

¡Es ella! El mármol helado

a arroja de sí; yo siento
que me persigue tenaz,
que ante mi vista aparece,
y me reta y me escarnece
y roba á mi hogar la paz.

CAROL. Y quién es?... (Con ansiedad.)

TERESA. (Con intencion) ¡Quién? ¡Carolina!
Su espectro audaz me acongoja,
llamo á Eugenio

CAROL. (Incorporándose y con anhelo.)
¡Y él?...

TERESA. (Con fiereza.) ¡Lo arroja
de mi lado!

CAROL. (Cayendo en el sillón.) ¡Me asesina!
(Con voz apagada á Teresa.)
¡Si así la olvida ese hombre,
á qué el odio que usted abriga?...

TERESA. No quiero que me persiga
ni aun la sombra de su nombre!

CAROL. (Solemnemente.)
Abrir la eterna mansion
y remover sus despojos
con el furor en los ojos
y el odio en el corazon,
profanar el cuerpo yerto
que olvido solo reclama,
recordando lo que infama
la memoria del que ha muerto,
es la inaudita crueldad
tendiendo su infame yugo;
es convertir en verdugo
al Dios de la inmensidad!

TERESA. ¿Quién es usted que en espanto
mi furor ha convertido?

CAROL. Una mujer que ha sufrido!

TERESA. ¿Tanto como yo?

CAROL. Sí! Tanto!

TERESA. (Con irónica intencion)
¡Sufrir! Y pudo el dolor
en un alma noble y pura
arrojar la desventura?

CAROL. ¡Oh, señora! por favor,

he prometido callar.

TERESA. Rompa usted ese mutismo.

CAROL. Hay en mi vida un abismo
que es peligroso sondar!

TERESA. Por qué?

CAROL. La senda de flores
cruce usted dichosa aquí,
y quédense para mí
los pesares, los dolores.
Usted ama y es amada!

TERESA. Me envidia usted!

CAROL. Dios lo quiso!

Quién no envidia el paraíso!

TERESA. Usted fué de él rechazada?

CAROL. ¡Oh, sí, sí!

TERESA. ¿Por qué morar
donde existe la ternura!

CAROL. Me arroja la desventura
y hoy abandono este hogar!

TERESA. Abandonarnos?

CAROL. Sí, sí!

TERESA. Porque soy dichosa?...

CAROL. ¡Cielos!

TERESA. Qué siento? tristeza ó celos?...

¡Si él no me amará!... ay de mí!

CAROL. (Vendiéndose al oír esta frase exclama con emoci-
cion.)

¡Si no la amará!

TERESA. (Dirigiéndose á ella sin poder contener el arranque
de sus celos.)

¡Oh!

(Carolina hace un supremo esfuerzo y quiere le-
vantarse y vuelve á caer en el sillón.)

¿Vacilas!

CAROL. (Con desfallecimiento.)

¡Qué importa!

TERESA. (Accreándose mucho.) No, que la llama
con vivo fulgor inflama
tus relumbrantes pupilas.

CAROL. Basta ya, por compasion,
no más... no más... parto al punto.
(Intentando levantarse.)

- TERESA. No, que acuden en conjunto
tinieblas al corazón. (Retándola.)
Yo soy la esposa adorada!
yo en un sudario sombrío
envolví el recuerdo impío
de la que yace olvidada!
- CAROL. (Como hablando consigo misma y haciendo abstracción de la presencia de Teresa.)
¡Á qué ese encarnizamiento
si yo nada la reclamo?...
Dejo aquí cuanto más amo
y parto sola...
(Haciendo ademán de dirigirse á la puerta.)
- TERESA. (Deteniéndola.) Un momento.
(Con aire de triunfo.)
¡Soy la esposa verdadera!
- CAROL. (Con un supremo arranque y avanzando hácia Teresa.)
¡Qué sabe ustá!
- TERESA. (Comprendiendo.) ¡Era verdad!
- CAROL. Ruja al fin la tempestad
y rasgue el rayo la esfera.
(Animándose por grados hasta el final, como sostenida por un esfuerzo supremo.)
- TERESA. Yo soy la que le fascina.
- CAROL. No me rete usted...
- TERESA. Acaba!
- CAROL. (Descorriendo el portier y con fuerte voz.)
¡Eugenio!
- TERESA. ¡No me engañaba!
- CAROL. La esposa, yo!
- TERESA. ¡Carolina!
- CAROL. (Después de una pausa con dulzura y desfallecimiento.)
Sí, la esposa que á pesar
del angustioso quebranto,
supo con mares de llanto
su negra culpa lavar!
Yo que conservo aquí fijos
mis derechos! Que no he muerto,
pues que mi tumba han abierto
las plegarias de mis hijos!

TERESA. ¿Y usted quiere recobrar...
¡Oh pesadilla espantosa!

CAROL. (Con fuerza, Eugenio aparece por la derecha.)
¡Quién mis títulos de esposa
y de madre ha de negar!

ESCENA X.

DICHAS y EUGENIO.

Eugenio avanzando con tranquila dignidad.

EUGENIO. Nadie! Ese nombre, señora,
es sagrado!

TERESA. (Corriendo junto á él y con las lágrimas en los ojos.)
Eugenio!

EUGENIO. (Separándola con dureza.) Espera.
Sólo existe una manera
de arreglar sin más demora
este asunto. La verdad
tan sólo...

TERESA. Pero...

EUGENIO. Confía!
Que vengan Luis y María.

CAROL. Mis hijos...

EUGENIO. En realidad
usted quiere descender
del pedestal en que yo
la he elevado.

CAROL. Eugenio!

TERESA. ¡OH!

EUGENIO. Pronto lo van á entender.
Yo, á pesar de la amargura
que aquel recuerdo traía,
á mis hijos les decía; (Señalando al cielo.)
«la que allá mora fué pura,»
y usted quiere que la historia
horrible sepan...

CAROL. (Me aterra!)

EUGENIO. Ó miserable en la tierra
ó pura en la santa gloria!
Yo por prisma halagador

les he mostradô la vida;
no sospachan la honda herida,
que existe abierta en mi honor.
Desgarre usted ese velo,
dígaie usted á María,
ángel que en santa alegría
hace de esta casa un cielo,
que al lado de la pureza
del afecto noble y santo
tiende el negro desencanto
su repugnante grandeza.
Decídla que existén serés
que rompen los santos lazos:
hablad de torpes abrazos
y de rendidos placeres.

CAROL. (Vacilandô y sosteniéndose en el brazo del sillón.)
Basta!

TERESA. Eugenio!

EUGENIO. Sí, que venga,
que lo sepa todo, todo...

CAROL. No, jamás... Halle usted un modo
de que su saña contenga.
Por qué rasgas inclemente
mi corazón, si ya siento
que á través del pensamiento
la muerte amarga mi frente?
¡Ah! (Desplomándose en el sillón.)

TERESA. (Espantada.) SOCORRO!

EUGENIO. (Corriendo á ella.) Carolina!

CAROL. Esa voz... dulce ilusión
que ha fingido la pasión
cuando se acerca mi ruina.

EUGENIO. Santiago! (Corriendo al fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARÍA, SANTIAGO y LUIS.

SANT. (Al ver lo que pasa.) Cielos!

TERESA. Se muere.

CAROL. Mis hijos... yo callaré...

SANT. (Mirando por el fondo con terror.)

Se acercan.

CAROL.

Y moriré
tranquila, pues Dios lo quiere.

(En este momento aparecen los niños por el fondo.
Traen un ramo. Santiago quiere llevárselos.)

SANT.

Venid.

(María y Luis se escapan de las manos de Santiago,
y corren junto á Carolina. Depositán el ramo que
traen á los piés de esta, y María coge una de sus
manos, Teresa cae arrodillada á un lado del sillón.
Eugenio y Santiago de pie, y enlazadas las manos,
contemplan el grupo desde algo más lejos.)

LUIS.

Déjanos pasar.

MARIA.

Señora! Su mano yerta!

CAROL.

¡El alma á la luz despierta
y quiere libre volar!

(Uniendo en su regazo las dos cabezas de los
niños.)

Así?... No me habeis hablado
de una madre infortunada
que para siempre arrancada
ha sido de vuestro lado?...

Yo la encontraré en el cielo,
y con afanes prolijos
la hablaré... de sus dos hijos
que aquí gimen sin consuelo.
Del cariño á los excesos
dejad aquí alguna huella.

(Golpeándose la frente.)

¡Besad mi frente! yo á ella
la daré pronto estos besos!

(Los niños besan la frente de Carolina. Carolina,
continúa con voz más débil cada vez.)

Gracias! Ya puedo morir.

Este beso es el perdón
que la celeste mansion
para siempre me ha de abrir!
La muerte!....

(Como queriendo rechazar algo.)

MARIA y LUIS. (Aterrados.) Padre!

EUGENIO. (Se acerca y llega al lado de Carolina haciendo
ademán de retirar los niños.)

- CAROL. (Reteniéndolos.) Esperad!
Cuando allá lejos... sucumba,
en la solitaria tumba
por una madre rezad!...
¡Hijos!
- MARIA. (Sin darse cuenta y con dulzura.)
¡Madre!
- CAROL. (Incorporándose, convulsivamente y mirando á
María con gozo inefable.)
¡Qué?
- EUGENIO. María!
- MARIA. (Disculpando su arranque.)
Perdon... la pobre ha perdido
dos hijos!...
- CAROL. (Con alegría.) ¡No... lo... ha... fingido!
¡Cuán hermosa... es mi agonía!
Ah! (Muere.)
- EUGENIO. Muerta!
- TERESA. Sí, Eugenio!
- EUGENIO. Reza!
(Haciendo arrodillar á los niños y poniendo una
mano sobre sus cabezas.)
Martir la tierra abandona,
ánte Dios que la perdona
inclinad vuestra cabeza!
- SANT. (Á Teresa.) De hoy más, termina el desvelo
que fué el torcedor impío.
- TERESA. Yo la perdono, Dios mio!
- EUGENIO. ¡Pobre madre! (Á Santiago.)
- SANT. ¡Está en el cielo!

FIN.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Arriba y abajo.....	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz.....	L. y M.
Artistas á cala.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
Dos Tenorios del día.....	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
El mejor postor.....	1	D. R. L. P. de Guzman.	L.
Los feos.....	1	D. M. F. Caballero.....	M.
Los sietemesinos.....	1	Cárlos Mangiagalli..	M.
Quien no tiene padrino.....	1	Sres. Sanchez y Rodrig.	L. y M.
Una corrida de toros por Costillares. . .	1	Sala Julien y Siguert.	L.
La farsanta.....	3	D. M. F. Caballero. (<i>Mit.</i>)	M.
Los amores de un Principe.....	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
Mantos y capas.....	3	J. Santero.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martínez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.